

Ocasiones de caer - Marcos 9:42-50

(Mr 9:42-50) *“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar. Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros.”*

Introducción

El Señor emplea aquí algunas expresiones que repitió en otras ocasiones diferentes. Es importante que en cada caso observemos el contexto para entender correctamente qué es lo que quería decir.

Al terminar el estudio anterior, consideramos que cualquier servicio realizado en el nombre de Cristo, por muy sencillo que éste fuera, tendrá una recompensa desproporcionada. Ahora el Señor continúa su exposición haciéndonos ver que, del mismo modo, cualquier pecado recibirá también un gran castigo.

“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí”

Es probable que mientras que el Señor proseguía su enseñanza a los discípulos, todavía tuviera con él al niño que antes había cogido en sus brazos (**Mr 9:36**). Y volviendo a dirigir la atención de los discípulos hacia él, continúa exhortándoles contra la ambición y el sectarismo, a lo que ahora añade una solemne advertencia: ¡Cuidado con hacer tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí!

Por supuesto, con este niño el Señor se estaba refiriendo a todas aquellas personas sencillas y débiles. Esto incluye a todos aquellos que son recién convertidos o que por alguna razón son *“débiles en la fe”* (**Ro 14:1**). Pero hemos de extenderlo también a cualquier persona que todavía no conoce al Señor.

El hacerles tropezar consistiría en ponerles algún obstáculo que les apartara del Señor. En este contexto podríamos entender que la posición de privilegio y autoridad que los discípulos tenían podía convertirse en una piedra de tropiezo para otros si dejaban que se apoderase de ellos la ambición y el sectarismo. Pero a esto podemos añadir también cualquier comportamiento en el creyente que no sea coherente con su profesión cristiana. Esto incluye cualquier mal ejemplo o bien por falta de amor al Señor o bien por no cuidar la pureza que deben acompañar el testimonio de cualquier persona que se confiese seguidor de Cristo.

Aunque seguramente, nada hay tan dañino como una mala enseñanza de lo que la Palabra de Dios dice. Es cierto que el pecado en nuestras vidas es siempre algo terrible, pero el inducir a otro a pecar es infinitamente peor. Esto nos debería llevar a considerar con cuidado el efecto que nuestras palabras y acciones pueden tener sobre otros.

La importancia de lo que el Señor les estaba diciendo queda resaltada por la solemnidad con que hizo su exhortación. El dijo que sería preferible que la persona muriera antes que hiciera tropezar a uno de esos “*pequeñitos*” que son objeto del especial cuidado de Dios. Para su explicación, el Señor usó de un lenguaje muy gráfico. Dijo que sería mejor que a quien hiciera tropezar a otros se les atara al cuello una de las pesadas piedras de molino que los asnos empujaban para moler el grano, y se les arrojase al mar.

***“Si tu mano... tu pie... tu ojo te fuere ocasión de caer...
córtalo... sácalo”***

El Señor continúa con su exhortación, pasando de los tropiezos que podemos poner a otros a los que nos podemos poner a nosotros mismos. Esto nos recuerda que con demasiada frecuencia somos nosotros mismos los que somos un tropiezo en nuestro propio camino.

En cualquier caso, este dicho de Jesús no debe tomarse literalmente. La Palabra nos enseña que el pecado no se encuentra en ninguno de los miembros de nuestro cuerpo físico, sino en el alma. A lo que el Señor se estaba refiriendo es a aquellas actitudes o aquellos hábitos que se interponen entre nosotros y Dios.

Según esto, la mano podría simbolizar nuestra manera de obrar, el pie representaría nuestro caminar por el mundo, y el ojo sería una figura de los malos deseos que surgen del corazón.

“Mejor es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno”

Todos estos miembros del cuerpo son especialmente valiosos y muy queridos para nosotros. ¡Qué tragedia si se nos tuviera que amputar una mano o un pie! Pero el Señor quiere llamar nuestra atención sobre el hecho de que esto no sería absolutamente nada en comparación con la pérdida del alma en el infierno eterno.

El pasaje expresa la verdad fundamental de que hay una meta en la vida por la que se debería sacrificar cualquier cosa. Esta meta es descrita como “*la vida*” y “*el Reino de Dios*”. Frente a ese destino eterno, todas las cosas en esta vida presente tienen un valor relativo y perecedero.

Tal vez el Señor estaba ilustrando este principio por medio de una analogía dramática que, en ocasiones, tiene lugar en la medicina. Puede llegar el caso en que se haga necesario sacrificar un miembro del cuerpo para conservar la vida de la persona. Por ejemplo, si un pie está infectado de gangrena, esto se convierte en una amenaza para todo el cuerpo, por lo que el médico sólo tendrá la opción de amputarlo si quiere conservar la vida de su paciente.

Y de la misma manera, en el ámbito espiritual hay tendencias y actitudes que entrañan un grave peligro para la vida de la persona, y con las que tendrá que cortar drásticamente si desea entrar en el Reino de Dios. En ese caso, no se puede reparar en el sacrificio o el dolor que nos cause acabar con ellas. El Señor dice que hay que actuar sin vacilación y

rechazar de inmediato y de forma decisiva cualquier cosa que nos dañe espiritualmente. Consentir cualquier pecado en la vida siempre tendrá consecuencias muy negativas.

Esto quiere decir que tal vez sea necesario dejar algún hábito, privarse de algún placer, renunciar a alguna amistad, cortar y excluir alguna cosa que nos haya llegado a ser muy querida, a fin de obedecer al Evangelio.

El Señor llega a decir que estas cosas pueden estar tan arraigadas en nosotros que cortarlas puede producir en nosotros la misma sensación que si nos hubieran amputado un miembro del cuerpo. Pero ya hemos visto anteriormente que el llamamiento que Jesús hacía a sus seguidores era radical, e implicaba dar absoluta prioridad a la relación con él por encima de cualquier otra cosa (**Mr 8:34**).

Notemos también que esta “amputación” debía ser realizada por uno mismo. Esto nos recuerda que constantemente debemos juzgar y condenar el pecado en nuestras propias vidas si queremos ser discípulos útiles del Señor.

“Ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere”

El Señor quiere dejar constancia de la realidad, el horror y la eternidad del castigo que sufrirán aquellos que eligen vivir en sus propios placeres en lugar de convertirse en seguidores de Cristo.

Cada una de las tres referencias al infierno deben ser consideradas como solmenes invitaciones del Señor a reflexionar acerca de cómo estamos usando nuestras vidas.

Las descripciones que Jesús hace del castigo eterno, nos sirven para hacernos una idea de lo terrible de ese estado.

Primeramente debemos considerar la palabra “*Gehena*”, y que se traduce por “*infierno*”. Esta era la forma abreviada de “*Ge-ben-Hinnom*” que literalmente significaba “*el valle del hijo, o los hijos de Hinnom*” (**Jos 15:8**). Este era un lugar al sur de Jerusalén. En los días de Acáz y Manasés llegó a ser conocido porque allí se mataban los niños quemándolos como sacrificios ofrecidos a los dioses paganos (**2 Cr 28:3**) (**2 Cr 33:6**). Por esta razón, el piadoso rey Josías lo declaró como un lugar inmundo (**2 R 23:10**). Y en ese mismo tiempo, el profeta Jeremías pronunció terribles maldiciones sobre él (**Jer 7:32**) (**Jer 19:6**). Finalmente llegó a ser el lugar donde se quemaba la basura de la ciudad a fuego lento. Por estas razones llegó a ser usado como una figura del fuego eterno.

El Señor lo describió también como un lugar de tormento y dolor. Habló del “*fuego*” y del “*gusano*”. Tal vez podemos pensar en el fuego como produciendo un tormento externo y en el gusano como uno interno.

También dejó claro que se trata de un lugar de sufrimiento eterno. Allí el “*fuego no puede ser apagado*” y “*el gusano de ellos no muere*”. Estas frases fueron usadas primeramente por el profeta Isaías (**Is 66:24**) para describir el destino de los enemigos de Dios que se rebelaron contra él. El apóstol Pablo también dice que “*los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo sufrirán pena de eterna perdición*” (**2 Ts 1:8-9**). Y el libro de Apocalipsis lo subraya: “*Serán atormentados con fuego y azufre... y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche*” (**Ap 14:9-11**).

Aunque muchas personas de nuestro tiempo, entre las que se encuentran también algunos teólogos, dudan de la existencia real del infierno y del castigo eterno, hemos de notar que el Señor se refirió a él con total solemnidad.

“Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal”

En los dos últimos versículos de nuestra sección, el Señor hace tres referencias a la “sal”, y no resulta fácil ver la conexión entre ellas. Primero menciona la sal en relación con los sacrificios, luego trata de la inutilidad de la sal que se hace insípida, para finalmente hacer una exhortación a los discípulos para que tengan sal en ellos mismos.

Veamos la primera de las referencias: la sal en relación con los sacrificios.

El Señor acaba de anunciar el terrible juicio que sufrirán aquellos que prefieren vivir en el pecado en lugar de seguirlo a él. Se subraya que el elemento por el que Dios juzgará al mundo será el fuego, tal como anunció el profeta Isaías en el pasaje que Jesús acaba de mencionar (**Is 66:15-16**) y como el apóstol Pedro dijo en su segunda epístola (**2 P 3:7**).

A continuación, el Señor hace una comparación entre “*el fuego con el que todos serán salados*” y “*los sacrificios del orden levítico que debían ser salados con sal*”. Recordamos que en el antiguo orden, para que un sacrificio fuera agradable a Dios, era necesario que previamente fuera sazonado con sal (**Lv 2:13**), y de la misma manera, el juicio es presentado como un sacrificio en el que no puede faltar el fuego para que llegue a ser agradable a Dios.

Pero nos surge una pregunta: ¿cómo es posible que este terrible juicio por fuego sea presentado como un sacrificio agradable a Dios? Para entenderlo, debemos valorar adecuadamente la gravedad del pecado del hombre, que no sólo se rebela contra Dios, sino que también desprecia todas las evidencias de su gracia y amor. Si después de todo esto, Dios permaneciera en silencio, parecería que el pecado no le importa, lo que pondría seriamente en entredicho su justicia y su santidad. Por esta razón, es necesario un juicio visible en el que Dios manifieste su carácter y atributos.

Es cierto que muchas personas rechazan la existencia del infierno y del juicio de Dios como algo incompatible con su carácter bueno, pero la Biblia no se avergüenza de hablar repetidamente acerca de la ira de Dios como una manifestación necesaria de su carácter santo. ¿Qué pensaríamos de un Dios que, después de haber visto todos los pecados de la humanidad, permaneciera indiferente al respecto? ¿Quién creería que un Dios así es realmente justo y santo? ¿No nos escandalizamos nosotros cuando algunas veces vemos que los jueces de este mundo dejan impunes a los malhechores? ¿Será Dios así? Por supuesto que no. Y de igual manera que ha manifestado visiblemente al mundo su amor y misericordia entregando a su propio Hijo para nuestra salvación, también hará evidente su justicia y santidad juzgando el pecado. Y si fue glorificado en el sacrificio de su Hijo, también lo será en la manifestación de su juicio, porque en ambos casos su carácter es revelado.

“Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis?”

El Señor continúa con sus referencias a la sal. Ahora habla de la sal que ha perdido su sabor. Y aunque todos entendemos esta referencia en el orden físico, ¿qué quiere decir en el ámbito espiritual del que el Señor está hablando?

Primeramente, debemos notar cómo es descrita la sal en el pasaje que el Señor citó del libro de Levítico: **(Lv 2:13)** *“la sal del pacto”*. En este contexto, la sal era un símbolo del pacto que Dios había establecido con su pueblo. El Señor resumió las condiciones de este pacto de la siguiente forma: **(Mt 22:17)** *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”*. Esto era algo que no debían olvidar los israelitas cuando traían sus ofrendas. A ellos les resultaba relativamente sencillo ofrecer sus sacrificios de una forma externa, mientras que en sus corazones mantenían su rebelión contra Dios. Esta fue precisamente la razón por la que el profeta Isaías reprendió al pueblo en el pasaje que mencionó Jesús, y que provocó el juicio: **(Is 66:3-4)** *“El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Y porque escogieron sus propios caminos, y su alma amó sus abominaciones, también yo escogeré para ellos escarnios, y traeré sobre ellos lo que temieron; porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron, sino que hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que me desagrada”*.

Por lo tanto, a lo que Jesús se refería cuando advirtió del peligro de que la sal se haga insípida, tenía que ver con conformarse con una obediencia religiosa externa, pero no de corazón. Como ya sabemos, ésta era la tendencia de los fariseos y escribas, gente que abogaba por una religión formal y legalista. La sal se hace insípida cuando no tomamos en serio las advertencias de Jesús y no rompemos radicalmente con cualquier forma de pecado en nuestras vidas.

“Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros”

Nos encontramos aquí con la tercera referencia a la sal. Ahora se trata de una exhortación a tener sal dentro de nosotros mismos.

Seguramente, esta referencia complementa la anterior. Ya hemos dicho que la única forma para que la sal no se haga insípida es juzgando el pecado en nuestras propias vidas. Para ello, es necesario tener una actitud correcta en el corazón, algo imposible a menos que el Espíritu Santo more en nosotros y nos transforme por su poder. Y si en el corazón hay la actitud correcta, esto inevitablemente producirá las relaciones correctas también con los otros hermanos.

Con esta exhortación, el Señor zanja las diferentes discusiones que los discípulos habían tenido: sus rivalidades por quién sería el mayor, o sus enfrentamientos con otros que no les seguían.

Preguntas

1. ¿Quiénes son los “pequeñitos” a los que Jesús se refiere en este pasaje? Explique de qué formas se les puede hacer tropezar.
2. ¿Cómo debemos interpretar las referencias a la mano, el ojo y el pie que el Señor dijo que debíamos sacar o cortar de nosotros?
3. ¿Qué aprendemos acerca del infierno en este pasaje? Explique su respuesta.
4. Busque otras tres citas más en los Evangelios donde Jesús habló del infierno.
5. ¿Por qué cree que es necesario que haya un juicio sobre los pecadores? ¿No le parece que esto no se corresponde con un Dios de amor? Razone su respuesta.